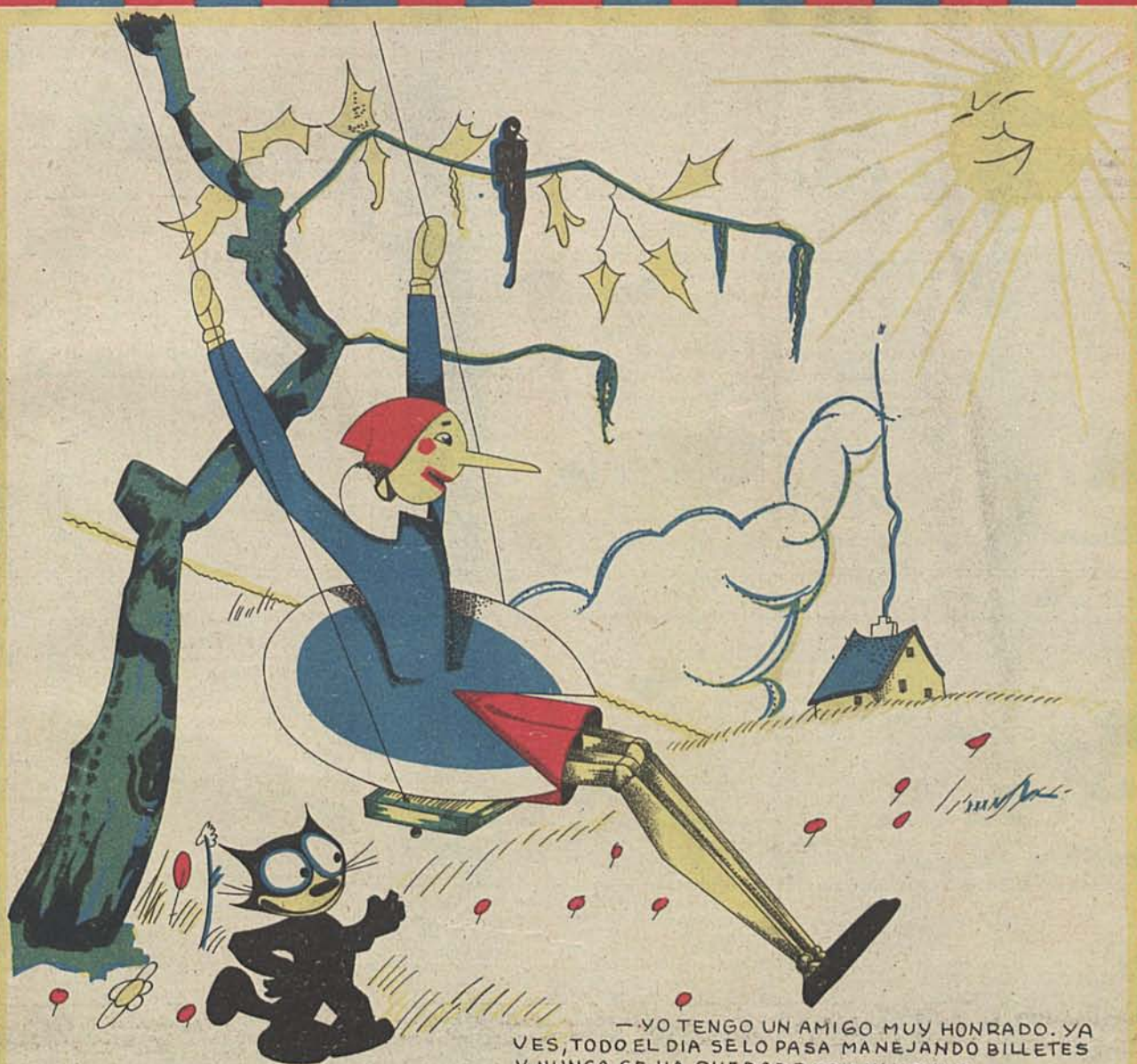


PiNOCHO

AÑO. IV
NUM. 173

25 cts

10 JUNIO
1928



—YO TENGO UN AMIGO MUY HONRADO. YA
VES, TODO EL DÍA SE LO PASA MANEJANDO BILLETES
Y NUNCA SE HA QUEDADO CON NINGUNO.
¿ESTÁ EMPLEADO EN ALGUN BANCO?
¡NO! ES COBRADOR DEL TRANVÍA!

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: 5 SEBASTIAN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAISES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL AVION NEGRO

NOVELA

Por ALBERTO ORS

(Continuación.)

Uno de ellos, provisto de una luenga barba negra, de espesos bigotes y de copiosa cabellera, estaba sentado sobre una columna de mármol, y el otro, tan barbilampiño y

débil como el otro era fornido y robusto, sentábase en las gradas de un altarcito sin adornos y en desorden.

Alrededor de ambos alzábanse numerosas tumbas con diversas inscripciones borradas en parte por el tiempo. El suelo, allí donde el terreno no era húmedo y fangoso, estaba formado por lápidas funerarias. Al resplandor de la lámpara humeante, colgada de la bóveda baja, veíase en el ángulo del subterráneo un montón de maderas, muchas de las cuales conservaban todavía la forma de ataúdes. Si estas señales hubieran podido parecer inciertas, habría bastado para confirmarla el blanquear de algunas osamentas, entre las cuales no faltaban cráneos bastante bien conservados.

El último que había hablado era el hombre sentado en las gradas del altar. Su compañero no respondió a la pregunta formulada por él, limitándose a apoyar la frente en ambas manos en actitud meditabunda.

—¿A toda costa?—repitió aquél poniéndose vivamente en pie—. Piensa que si él no es de los nuestros es, sin embargo, un hombre de sentimientos nobles y liberales; que le repugna la violencia de cualquier lado que venga...

—Como tú, como todos los que por ser demasiado buenos no son buenos para nada—interrumpió en tono violento el hombre de la barba, poniéndose también en pie.

—¿No comprendes—volvió a decir tras brevisima pausa, clavando los ojos en el rostro de su interlocutor—no comprendes tú que eso ha sido siempre nuestra ruina? Si los rusos no hubiesen sido tan buenos como siempre han sido, en 1823 el conde de Camrin, el tudesco funesto, que fué ministro de Hacienda con Alejandro I, no habría ocasionado la ruina económica de nuestro país. Por esta bondad, él pudo aumentar todavía más la omnipotencia del Zar, dueño ya de nuestros cuerpos y de nuestras almas, poniendo en sus manos a discreción toda nuestra riqueza: el dinero, la tierra, todo género de propiedad, los réditos de la industria y el comercio, toda nuestra energía económica... El sabía—exclamó con ojos fulgurantes de indignación—que nuestro progreso económico era un alimento suministrado a las revoluciones que destruyen la autocracia. Fué él quien le dijo al Zar, cuando el príncipe Lubetzkoí solicitó el privilegio de crear un Banco agrícola: «Los terratenientes, el comercio y también el tesoro, saldrán beneficiados indudablemente; pero Nuestra Majestad perderá dentro de diez años toda posibilidad de gobierno... Tal empresa sería la ruina de todas las instituciones en que se apoya el Imperio»... Y el Zar lo creyó, y la petición del príncipe Lubetzkoí fué rechazada...

—¡Siempre es así!

—Siempre es así—repitió como un eco y con amargura el hombre barbudo—, porque los buenos no han tenido nunca el valor de convencerse de que el cómplice de los malvados, aun cuando lo sea involuntariamente, debe ser considerado también como un malvado; de que el mal, aun cuando no sea más que el resultado de un error de lógica y de buena fe, ha de impedirse de todas maneras... ¿Has comprendido Suwoff?

—¿Pero quién te dice, después de todo—replicó el lla-

mado Suwoff—, quién te dice que el secreto de Jorge sea tan importante? ¿No pudiera ser muy bien la fantasía de un delirante?

—No—y el hombre de la barba asió una mano de Suwoff, hablándole con voz colérica al oído—: ¡No! El secreto existe realmente; estoy seguro; este secreto existía ya y Guthowsky no ha hecho más que volver a encontrarlo...

—¿Qué sabes tú?

—¡Cagliostro! ¿No nombró él en su delirio a Cagliostro, al gran aventurero italiano?

—Sí. Lo nombró.

—Pues bien; su secreto es el secreto de Cagliostro.

Suwoff, conmovido por el tono de voz y la actitud de su compañero, estaba pálido y giraba en rededor suyo las dilatadas pupilas, como si quisiera escudriñar la medrosa semiobscuridad de la cripta sepulcral.

—¿Qué secreto?—murmuró.

—¿No lo sabes? José Balsamo, el italiano astuto y poderoso, el mago, el sensitivo que tenía en las manos al pueblo y al rey, era dueño de la vida humana. El podía traspasar con un alfiler, un alfiler como éste, ¿lo ves?

El hombre de la barba le enseñó a Suwoff un sutil y finísimo alfiler parecido a los que emplean las mujeres para apuntar sus trajes.

Suwoff clavó la mirada en el minúsculo instrumento.

—Lo veo—dijo.

—Pues bien... él podía traspasar con un alfiler como éste tu retrato, por ejemplo, en el sitio del corazón, y tú, en aquel mismo momento, cualesquiera que fuese el lugar en que te hallases, aunque estuvieses allende el Océano, caías al suelo muerto.

—¿Qué cosa más terrible!

—Sí; muy terrible. Y Guthowsky posee este secreto. ¿Tu comprendes, no es cierto, la importancia que eso tiene para nosotros?

—Lo comprendo.

—No hay, pues, que vacilar. Hemos de arrancarle su secreto a Guthowsky a cualquier... precio.

Suwoff sintió un escalofrío al escuchar estas palabras.

—Shasky, ya sabes que quiero a Guthowsky como a un hermano.

El compañero de Suwoff clavó sus ojos relampagueantes en los de su interlocutor.

—¿Quieres a nadie en el mundo más que a tu patria?

—No—repuso Suwoff con voz sorda.

—Entonces, no debemos decir ni una palabra más.

Y el hombre de la barba extendió la mano hacia un botón eléctrico que había sobre una tumba.

—Shasky—murmuró Suwoff—prométeme al menos que no se inmolará su vida sin una necesidad absoluta.

Shasky oprimió, sin responderle, el botón eléctrico.

Inmediatamente se abrió una puertecilla en la cripta, apareciendo un hombre que volvió a cerrar tras sí la puerta.

—Haz que entren los hermanos, Godunov—dijo Shasky. Godunov volvió a abrir la puertecilla.

—¡Entrad hermanos!

Diez hombres y cinco jóvenes entraron en la cripta sepulcral, distribuyéndose entre las tumbas acá y allá. Cuando todos hubieron ocupado su puesto, volvióse a cerrar la puertecilla.

—Hermano Godunov, ¿has registrado el subterráneo y los alrededores?—preguntó Shasky.

—Los he registrado.

—¿Estamos seguros?

—Estamos seguros.

—Hermano Suwoff, averigua si todos los presentes conocen la consigna.

Suwoff se fué acercando a cada uno de los asistentes, que murmuraron una palabra a su oído.

Cuando hubo terminado de dar la vuelta, Suwoff volvió a comparecer ante Shasky.

—Todos los asistentes conocen la consigna.

—Muy bien. Y ahora, hermanos, poneos todos en pie para recibir órdenes.

—Nuestra reunión, hermanos, será breve. No tengo que haceros más que una comunicación importantísima, comunicación del Gran Comité Revolucionario. Por hoy suspenderemos la publicación y la ejecución de las sentencias contra los instrumentos de la tiranía...

Un sordo murmullo recorrió el auditorio.

El orador, al percatare de aquel murmullo, dejó dibujarse en sus labios una significativa sonrisa.

—Hermanos—continuó diciendo—esta suspensión no obedece a cansancio, ni al deseo de procurarnos una tregua, sino que es un período de preparación para otras empresas mucho más enérgicas y más útiles.

Estas palabras fueron acogidas por un murmullo de aprobación y amenaza.

—Nuestra aparente inacción, al prolongarse por algún tiempo, disminuirá el celo y la vigilancia de nuestros adversarios, y entretanto podremos emplazar con toda seguridad y exactitud nuestras baterías, haciéndolas estallar en el momento oportuno contra la persona... oportuna... ¿Me habéis comprendido?

Suwoff se puso en pie.

—Venerable hermano, en nombre de toda la reunión te manifiesto nuestra íntima satisfacción por la nueva que nos has comunicado. Nosotros te auguramos que a tus palabras seguirá con rapidez y felicidad el hecho prometido, y te renovamos la ofrenda de nuestro cuerpo, de nuestra voluntad y de nuestros más caros afectos para que podáis emplearlos, vosotros los que a ella os consagráis, en provecho de la Santa Causa.

—No esperaba otra cosa de vosotros, amados hermanos. El Gran Comité se reunirá en breve para pronunciar la sentencia que esperaréis. Apenas se dicte, seréis convocados en este sitio para oír la comunicación. Por ahora no tengo más que deciros. Concedo la palabra a aquellos hermanos que la pidan para bien de la Santa Causa.

Ninguno desplegó los labios.

Después de una breve espera, Shasky dijo:

—No habiendo pedido ninguno de los hermanos la palabra, doy por terminada la reunión. Hermano Godunov, abre el paso a los hermanos.

Godunov abrió la puertecilla y los congregados salieron uno por uno de la cripta sepulcral.

De repente resonó en el recinto la voz de Shasky.

—¡Vera Nicolajewna Sadoff!

La interpelada volvióse al oír estas palabras, dejando ver un bellissimo rostro juvenil.

—No te vayas. Tengo que hablarte.

La joven dejó pasar a sus compañeros. Cuando todos hubieron salido, incluso Godunov, y no quedaron en la cripta sepulcral más que Suwoff y Shasky, ella se acercó a éste.

—¿Qué se te ofrece, hermano Shasky?

Shasky acababa de cambiar unas cuantas palabras con Suwoff.

—Te está reservado un gran honor—dijo Shasky clavando su penetrante mirada en las pupilas de la joven.

Esta sostuvo tranquilamente su mirada, permaneciendo silenciosa.

—El Gran Comité te da una prueba señalada de la confianza que tiene en tu entendimiento y en tu valor.

—¡Habla Shasky!—dijo Vera Nicolajewna Sadoff con animosa voz—. Deseaba que llegase el momento de ponerme al servicio de la Santa Causa. ¿Ha llegado este momento, quizás?

—Juzga tú misma. Un sabio ruso, el profesor Guthowsky, ha hecho un descubrimiento biológico de una gran importancia. El secreto de este descubrimiento está encerrado en un escondrijo en el mismo gabinete de estudio del profesor, en el corazón del bosque de Párgolowo. Nadie más que el profesor conoce este misterioso escondrijo; nadie sabe bajo qué extraña apariencia está oculto el admirable secreto. El Gran Comité confía en tu sagacidad para llevar a cabo la importante empresa y apoderarse del precioso secreto. El Comité pone a tu disposición hombres, dinero, todo cuanto le pidas y exijas. En cambio, sólo exige de ti que saques todo el partido posible de tu habilidad y de tu gracia y astucia femeniles. Tú no tienes más que pedir y todo cuanto pidas te será inmediatamente concedido.

Vera Nicolajewna Sadoff había escuchado con gran atención las palabras de Shasky. El rostro de la joven permaneció impasible. Cuando Shasky hubo terminado, calló aún por algunos segundos. Luego repuso, sin revelar ninguna conmoción interna:

—La empresa que me confías es grave y difícil. Yo me consagraré a cumplirla con todas las facultades de mi entendimiento. Tú me fijarás el plazo.

—¡El más breve!

—Sea. ¿No tienes más que decirme?

—Reflexiona y medita sobre todo lo que puede serte necesario. Cuando hayas trazado tu plan vuelve a este sitio. El Pope pondrá a tu disposición todo lo que necesites. ¡Que te proteja Dios, Vera Nicolajewna Sadoff!

—¡Adiós, Ivan Wladimirowitch Shasky! ¡Que Dios nos proteja a todos!

Y la joven, después de haber pronunciado estas palabras, les volvió la espalda a los hombres. Shasky oprimió el botón eléctrico y se abrió la puerta, desapareciendo por ella Vera Nicolajewna.

—Esa joven triunfará...—murmuró Shasky.

—¿Quién sabe! La empresa es ardua. Conozco a Guthowsky. No existe halago alguno ni lisonja de ninguna clase que lo haga retroceder de un propósito bien madurado. Si se ha impuesto a sí mismo la resolución de no revelar a nadie su secreto, no lo revelará.

—Vera Nicolajewna es hábil y astuta.

Mientras los dos hombres cambiaban entre sí estas pocas palabras al pie del altar, un sacerdote, vestido a la usanza rusa, con la ancha mitra, parecida a un birrete, adornada de gemas, con un pesado collar de oro del que pendía la cruz griega, y la rica túnica de seda, apareció en el dintel de la puertecilla de la cripta sepulcral.

—¿Qué nuevas nos traes?—le preguntó Shasky ansiosamente al sacerdote.

—¡Nuevas muy tristes Shasky! Los dos espías Miller que tanto daño le hicieron a nuestro partido y tantas vidas le costaron a nuestra causa ya no existen; pero han detenido a José Duda, al cual se le había confiado la ejecución de la orden. Hace dos horas que ha llegado para que lo juzgue el consejo de guerra...

Shasky y Suwoff elevaron sus ojos al cielo.

—¡Pobre y valeroso compañero nuestro! ¡Cuán terrible es la suerte que le aguarda!

—Ya se ha reunido el consejo de guerra. Duda está herido y ellos temen que sucumba antes de ser fusilado.

—¿Tú lo verás?

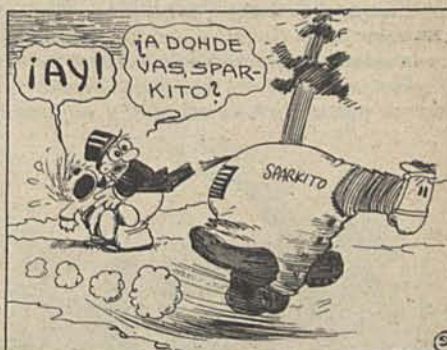
—Sí, y para esto he venido. Nadie más que vosotros sabe que yo estoy afiliado al partido. Por esta causa he tenido la singular fortuna y el grandísimo pesar de que me llamen para consolar en nombre de Dios los últimos momentos de nuestro hermano. Al salir de aquí debo ir en busca del Pope de Sant'Isacco para dirigirme en su compañía a la fortaleza de San Pedro y de San Pablo.

Los dos hombres escucharon en silencio estas tristes palabras:

(Continuará en el número próximo.)



DESDICHAS DE DON PANFRITO Y SU CABALLO SPARKITO



LA ESTRELLA DEL SUR

CUENTO POR

LE. S. A. G. A. R. O.

Ni remotamente sospechaba que los mineros hubiesen tramado aquella traición para despojar a su compañero de los diamantes que le correspondían; jamás se le hubiera ocurrido que aquellas malditas piedras pudiesen tentar hasta tal punto la conciencia de un hombre blanco.

Al salir por la mañana, vio con terror que los mineros habían desaparecido con los bueyes que llevaban los víveres y las piedras preciosas.

El pobre viejo no pudo reprimir un arrebato de furor. Por un momento tuvo intenciones de seguirlos y matarlos a tiros; pero le detuvo la idea de que el herido pudiese empeorar.

No obstante, comprendió al punto la inmensidad de aquella desgracia. ¿Qué podría hacer él solo, sin víveres, entre aquellas montañas, donde el frío se hacía sentir con la intensidad de las alturas, y con aquel hombre herido, que en un mes por lo menos no le podría prestar la menor ayuda? Era la muerte cierta; y ¡qué muerte!

Con todo, trató de darse ánimos. Volvió junto al herido, y disimuló su angustia; pero su rostro estaba tan alterado por el dolor y la desesperación, que Im dióse cuenta de que algo grave había ocurrido.

—¡Pobre viejo mío! —le dijo con voz débil—. ¿Qué te sucede? ¿Has visto acaso otros leones rondando por el valle?

—Puede estar tranquilo mi hermano blanco —respondió el cafre—. Los leones no se han dejado ver aún.

—Y mis amigos, ¿qué hacen? ¿Por qué no vienen a verme? El cafre no pudo sofocar un sollozo.

—¡Los canallas nos han abandonado! —gritó, extendiendo los puños.

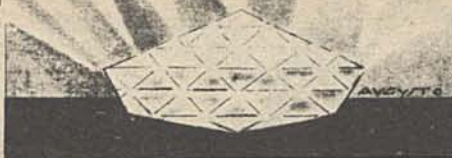
—¡No es posible! Mi hermano negro se engaña.

—¡Sí! ¡Sí! Han huído, llevándose todo, hasta la *Estrella del Sur*.

Al oír aquello, Im se quedó como petrificado.

—Entonces, estamos perdidos —dijo—. ¿Cómo nos vamos a arreglar para volver al campamento, sin bueyes? Yo no podré tenerme en pie antes de algunas semanas.

—No se asuste mi hermano blanco —dijo el cafre—. La caverna nos servirá de refugio, y aquí nos quedaremos hasta



(Conclusión)

que llegue el buen tiempo. Y cuando recupere las fuerzas, a pequeñas jornadas volveremos junto a los míos. ¡Ay de los traidores, entonces, si los encontrara! ¡Mato-Okné, tendrá sus cabelleras, lo juro por el Gran Gantah, protector de los Cafres!

El negro, que era hombre de grandes arrestos, como todos los de su raza, hizo los preparativos para pasar lo mejor posible el invierno, que se presentaba crudísimo, con abundante nieve, aun en aquellas comarcas tan próximas al desierto.

Los mineros, en su precipitada fuga, no habían tenido el valor de dejar sin armas a los dos abandonados.

Mato-Okné, que conservaba su hacha de guerra, además de su carabina, se proveyó ante todo de abundante leña. Había muchos sicomoros en los barrancos, y sus ramas estaban tan secas que ardían mejor que antorchas.

Llenó de ramas un hueco de la sala de los muertos, y con musgo seco preparó dos cómodas yacijas; hizo luego un hogar con grandes piedras, y, por último, tapó en parte la entrada para resguardarse del viento.

Quedaba por resolver la cuestión de los víveres, que era la más grave; pero el cafre era buen cazador, y el león, que las alimañas nocturnas no se habían atrevido a devorar, estaba allí para procurárselos en cantidad apreciable, aunque su carne no fuese muy sabrosa.

Mato-Okné despojó al animal de su piel, que pensaba preparar para el herido, y cortó luego la carne en largas tajadas, para curarla al humo.

Ya había terminado aquellas primeras faenas, cuando comenzaron a caer las primeras nevadas en los valles de la gran cordillera, acumulándose la nieve en los barrancos en cantidad enorme.

El frío se hizo repentinamente intensísimo, y allá en las altas cumbres la tormenta aumentaba sin tregua sus furores, manifestados en mil rugidos.

En la sala de los muertos, donde el fuego ardía sin cesar, los dos abandonados llegaron a encontrarse a gusto, y confiados en resistir los fríos más rigurosos.

Lo que más les preocupaba era cierta especie de chacales semejantes a los lobos. Aquellos enfurecidos animales, expulsados de las altas cimas cubiertas de nieve, y hostigados por el hambre, todas las noches bajaban al valle, como si hubieran barruntado la proximidad de carne humana, y se agrupaban ante la boca de la caverna, aullando hasta el amanecer y tratando de forzar la entrada.

El cafre hubo de vigilar todas las noches para mantener encendido fuego delante de la caverna, y aun así hubo de servirse con frecuencia del fusil para rechazar a los más audaces.

Menos mal que la carne de aquellos animales, aunque coriácea, servía para aumentar la reserva de víveres.





Mientras tanto, las heridas de Im iban poco a poco cicatrizando. Al cabo de tres semanas pudo ponerse en pie y dar una vuelta por la cueva, recogiendo en las tumbas, secas por efecto de la congelación, algún diminuto diamante, escapado a las febriles pesquisas de sus desleales compañeros.

Pasó el invierno al fin; derretióse la nieve, los árboles se vistieron otra vez de hoja y la temperatura se dulcificó.

Im, restablecido por completo, dijo un día al cafre:

—Ya tengo deseos de regresar al campamento.

—¿Se siente mi hermano capaz de caminar monte abajo?

—Tengo las piernas tan fuertes como nunca —respondió Im—. Y quisiera hallarme pronto en lugares habitados por hombres blancos.

—También yo —dijo el cafre, con voz opaca—. Pero es para echar la vista encima a los ladrones de la *Estrella del Sur*.

Recogieron en un saco algunos trozos de carne ahumada y los escasos diamantes que habían podido recoger, y emprendieron ansiosos el viaje de retorno.

Cuatro días emplearon en atravesar la cordillera, y al quinto pusieron el pie en el desierto. En una semana podrían llegar al campo diamantífero de la Rhodesia. Permanecieron algunos días en el bosque con objeto de renovar sus provisiones, agotadas ya, y luego, a buen paso, reanudaron la marcha hacia el Este.

Ambos estaban impacientes por llegar al campo de diamantes. Confiaban en encontrar a los bribones que los abandonaran en la montaña, ocupados aún en derrochar el producto de la venta de sus diamantes.

Once días después, al cabo de mil peripecias durante su marcha por el desierto y de muchas penalidades, descubrieron las tiendas de los mineros. En el campamento reinaba una viva confusión, como si un acontecimiento grave acabase de interrumpir el rudo trabajo de los pozos. Veíanse hombres armados de fusiles y de revólveres, que acudían de todas partes, presas de la mayor excitación, gritando a voz en cuello:

—¡Mueran los asesinos!

—¡Mueran los antropófagos!

—¡A lincharlos!

En medio del tumulto, dos hombres pálidos, descompuestos, con la ropa hecha jirones, la barba y los cabellos enmarañados, eran arrastrados brutalmente en dirección a un árbol, de cuyas ramas pendían ya dos cuerdas. Los dos miserables, que parecían idiotizados de espanto, no oponían la menor resistencia. Tampoco hubieran podido hacer nada contra aquellos tres o cuatro centenares de mineros furibundos, armados de fusiles, revólveres, cuchillos y zapapicos. Im, movido de sus generosos instintos, iba a lanzarse entre la multitud, decidido a arrancar de sus iras a los dos miseros, cuando el cafre le sujetó con fuerza.

—Deje mi hermano blanco que la justicia se cumpla —dijo con voz ronca.

—Es que esos dos hombres pueden ser inocentes —respondió el joven.

—Ya lo sabremos después —dijo el negro, con una sonrisa cruel.

Los dos malhechores fueron arrimados al árbol. Veinte brazos los alzaron hasta las cuerdas, y pocos instantes después se balanceaban desesperadamente con el lazo al cuello.

—¿Los reconoces ahora, mi hermano blanco? —preguntó el cafre.

Im lanzó un grito de horror. En los dos miserables, que se agitaban entre las últimas convulsiones de la agonía, acababa de reconocer a Ben Harset y Harris Moor, dos de los mineros que le habían abandonado en la montaña, después de despojarle del tesoro.

—Estamos vengados —dijo el cafre.

Los dos miserables habían vuelto al campamento dos semanas antes, cargados de piedras preciosas, y no tardaron en hacer correr la voz de la muerte de Im y de sus compañeros para entregarse luego a desenfundadas orgías.

Como acontece con frecuencia a los hombres ebrios, después de una fenomenal borrachera habían referido a algunos mineros a quienes habían convidado a beber cómo se habían enriquecido y cuán atroces miserias hubieron de soportar después del abandono de Im y del cafre. Perdidos en la cordillera, aquellos miserables habían pasado el invierno en el bosque, sufriendo privaciones inenarrables. Devorados los bueyes, aquellos malvados, empujados por el hambre, habían asesinado a sus compañeros y —es horrible decirlo— ¡se los habían comido!

Los mineros, horrorizados, informaron al siguiente día a los capataces de las minas, quienes no tardaron en apoderarse de los antropófagos. Estrechados a preguntas, Harris y Ben Harset acabaron por confesarlo todo, repitiendo cuanto en su borrachera habían referido la noche antes.

Al enterarse los mineros, indignados, se habían alzado en armas, dispuestos a ahorcar a los dos bribones; y en su furia, ellos mismos administraron justicia.

De este modo, Im recuperó gran parte de los diamantes, entre ellos la *Estrella del Sur*, pues los ladrones no habían podido dilapidar sino muy pocos en tan breves días, y volvió a Durban riquísimo, en unión del cafre, que había jurado no separarse ya de él.

¡La *Estrella del Sur*, propiedad del archimillonario Cornelio Vanderbilt, valió por sí sola al joven la insignificancia de un millón de dólares!...

FIN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



YA TENGO PLAN PARA HOY, DON TURU. DESPUES DE COMER ECHAREMOS UNA SIESTECITA, LUEGO NUESTRA MERIENDITA EN EL CAMPO Y DESPUES ME DA USTED CINQUITO PARA PILONGAS Y A CASITA ¿QUE LE PARECE?

LO PENSARE



¿VE USTED QUE HERMOSISIMO ESTA EL CAMPO?

ESTA PARA COMER SECO PERO CUANDO PIENSO EN QUE PUEDE APARECERSE UN ELEFANTE SE ME ERIZA LA CABELLERA



YO NO LO PUEDO REMEDIAR, CURRINCHE, PERO LE TENGO MUCHO MIEDO A LAS FIERAS. LAS UNICAS QUE ME SON UN POQUILLO SIMPATICAS SON LAS SARDINAS DE LATA

PUES LE ADVIERTO QUE EN EL MAR SON MUY BUENAS PERO EN EL CAMPO SON TERRIBLES



ABRE LA LATA CON CUIDADO NO SEA QUE SE ESCAPE ALGUNA SARDINA Y NOS DE UN DISGUSTO

NO SE PREOCUPE. A ESTAS LES HAN CORTADO LA CABEZA Y SE ESTAN QUIETISIMAS



APAGA Y VÁMONOS, CURRINCHE, QUE YA LLEGÓ EL FIN DE NUESTRA VIDA EN FORMA DE ELEFANTE

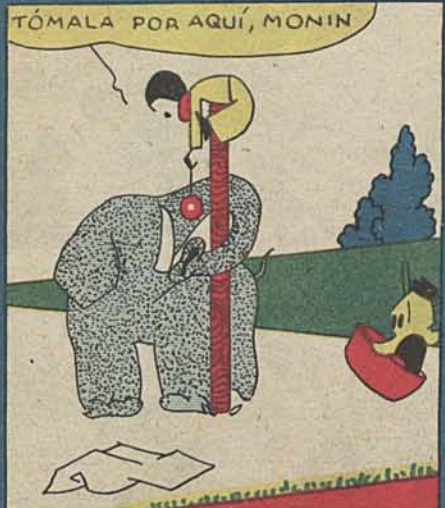


TOMA, RICO; TOMA UNA NARANJITA

NO SE COMO TIENES ESE VALOR, CURRINCHE. YO ESTOY ACHICADISIMO



TÓMALA POR AQUÍ, MONIN



Y AHORA POR AQUÍ



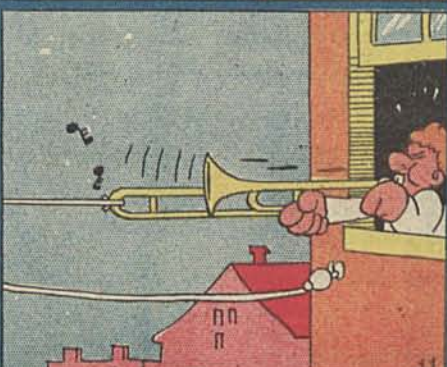
Y AHORA SI QUIERES NARANJITAS TE VAS A LA CHINA ¿SABES?

¿QUE GRANDES SOMOS, CURRINCHE





PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

Los CABRITOS y EL LOBO

Castillo



UNA cabra vieja tenía siete cabritos y los quería como una madre quiere a sus hijos. Un día quiso ir al bosque a pacer; llamó a sus siete hijos y les dijo:

—Hijos míos, me voy al bosque; tened cuidado con el lobo, porque si entra, os devora a todos. El malvado se disfraza; pero le conoceréis por su ronca voz, por sus negras patas.

Los cabritos dijeron:

—Querida madre, márchate sin miedo; ya nos guardaremos del lobo.

La cabra vieja salió a buscar su comida. Al poco rato llamaron a la puerta, diciendo:

—Abrid, hijos míos; soy vuestra madre, que os trae algo bueno para cada uno de vosotros.

Pero los cabritos conocieron por la voz ronca que era el lobo quien llamaba.

—No queremos abrirte—dijeron—; tú no eres nuestra madre, que tiene una voz dulce y agradable, y la tuya es ronca; tú eres el lobo.

Entonces el lobo se fué a casa de un huevero, compró una docena de huevos y se los comió crudos para afinarse más la voz.

Luego volvió, llamó a la puerta y exclamó:

—Abrid, hijos míos; soy vuestra mamá, que trae algo para cada uno de vosotros.

Pero el lobo había asomado su pata negra por la ventana, y los cabritos, que la vieron, exclamaron:

—No abrimos; nuestra madre no tiene una pata tan negra como tú; tú eres el lobo.

Se fué el lobo entonces a una panadería y dijo al panadero:

—Me he dado un golpe en el pie; úntamele de masa. Conseguido su desec, corrió al molino y dijo al molinero:

—Echame harina sobre la pata y Dios te lo pagará. El molinero pensaba: «El lobo quiere engañar a alguien», y se negaba a hacerlo; pero aquél le dijo entonces:

—Si no lo haces, te devoro.

Entonces el molinero se asustó e hizo lo que le pedía.

¡Así son los hombres!; hacen a veces por amenazas lo que no consentirían hacer por ruegos.

Entonces el lobo volvió a llamar a la puerta por tercera vez, y dijo:

—Niños, abrid; soy vuestra mamá, que ha vuelto y trae algo bueno del bosque para cada uno de vosotros.

Los cabritos exclamaron:

—Enséñanos primero tus patas para que veamos si eres nuestra madre o no.

El lobo les enseñó la pata por la ventana, y cuando vieron que era blanca, creyeron que era su madre y abrieron la puerta. Pero quien entró fué el lobo.



Entonces los cabritillos se asustaron y querían esconderse. Uno saltó debajo de la mesa, otro se escondió en la cama, otro en la estufa, éste en la cocina, aquél en el armario, el sexto debajo del lavabo y el séptimo dentro de la caja del reloj.

Pero el lobo los encontró a todos y no guardó con ellos muchos cumplidos; los devoró uno después de otro, sin mascarlos siquiera para no perder tiempo; de modo que se los tragó enteros. Al único que no pudo encontrar fué al menor, que estaba dentro de la caja del



reloj. Después que el lobo hubo saciado su hambre, se marchó, se acostó debajo de un árbol en el prado y se durmió profundamente.

Al poco rato volvió la cabra del bosque. ¡Qué horrible espectáculo! La puerta estaba abierta; las mesas, sillas y bancos, por el suelo; la jofaina, hecha pedazos, y las mantas y almohadas fuera de la cama y extendidas por la habitación. Buscó a sus hijos, y no los encontró en ninguna parte; los llamó uno por uno, pero nadie contestaba. Por fin, cuando nombró al menor, oyó una débil vocecilla que decía:

—Querida madre, estoy en la caja del reloj.

Lo sacó, y el cabrito le contó que el lobo había venido y que había devorado a todos sus hermanos.

Fácil es comprender cómo lloraría la pobre madre la pérdida de sus hijos.

Llena de tristeza salió de la casa, y el cabrito corrió detrás de ella. Cuando llegaron al prado vieron al lobo que dormía a la sombra de un árbol, haciendo temblar las ramas con sus ronquidos. Le examinó por todos lados y vió en su abultada panza algo que se movía.

—¡Dios mío! —pensó la cabra—, ¿será posible que mis hijos, a quienes acaba de cenarse, tengan aún vida?

Mandó al cabrito a casa a buscar tijeras, aguja e hilo. Luego abrió al monstruo la barriga, sin que él se despertara, y apenas había dado un tijeretazo, uno de

los cabritos asomó la cabeza. Siguió cortando y salieron los seis, uno después de otro, sin haber sufrido el menor daño, porque la fiera, en su ansia, se los había tragado enteros. ¡Qué alegría! Todos cubrieron de caricias a su querida madre y saltaron y brincaron.

Entonces su madre les dijo:

—Id a buscar piedras, con las cuales llenaremos al infame lobo la barriga mientras esté dormido.

Los cabritos trajeron las piedras con toda prisa y le llenaron el vientre. Luego la cabra vieja lo cosió hábilmente, sin que el lobo lo notara ni se moviera.

Cuando el animal despertó levantóse y fué al pozo a beber agua, porque tenía mucha sed. Al andar, las piedras en su barriga, chocando una con otra, hacían mucho ruido, y el lobo, en extremo sorprendido, exclamó:

—¿Qué es lo que hace tanto ruido en mi barriga? Creía que eran cabritos y parecen piedras.

Cuando llegó al pozo, el lobo tuvo que hacer muchos esfuerzos para encaramarse en el brocal, porque el peso de las piedras le entorpecía y apenas si podía hacer ningún movimiento. A duras penas lo consiguió; pero al inclinarse para beber, las pesadas piedras le hicieron caer al agua, y no pudiendo nadar, se fué al fondo donde se ahogó.

Los siete cabritos, desde una ventana de su casita, habían estado observando todos los movimientos del lobo, y apenas se dieron cuenta de lo que acababa de suceder, se acercaron corriendo, y con los mayores transportes de alegría, exclamaron:

—¡El lobo ha muerto! ¡El lobo ha muerto!

Y bailaban alrededor del pozo donde yacía su verdugo.





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿de qué quieres que hablemos hoy?

—Si te parece, vamos a dedicar nuestra charla a la bandera. Quisiera saber cuál fué el origen de este símbolo de la Patria.

—Pues en este punto no voy a poder dejar satisfecha tu curiosidad, porque el origen de la bandera es tan antiguo como el de la especie humana, y comprenderás que la historia de tan remotos tiempos está sumida en la más profunda oscuridad. Puede asegurarse que la guerra o la lucha es tan antigua como el hombre, y allí donde hubo pelea se sintió la necesidad de un símbolo distintivo de amigos y enemigos. Este símbolo, bajo el cual se agrupaban los partidarios de cada bando, fué la bandera.

—¿Pero no hay ningún dato que señale al primer pueblo que usó la bandera?

—Ninguno. La historia empieza a hablar de la bandera en tiempos de Babilonia. Pero no quiere decir esto que fuese el primer pabellón que apareciese en el mundo. Dicese que Nemrod, fundador y primer rey de Babilonia, utilizó su túnica como señal o símbolo para agrupar a todos sus partidarios. Los hijos de Noé también usaron banderas y distintivos en las guerras con sus hermanos.

—Pues ya hace años, querido buho.

—Ya te he dicho que la historia de la bandera es tan antigua como el hombre. Los egipcios también la usaron.

—Y por cierto que sería bien bonita, pues todos sus adornos, esculturas y dibujos son de un gusto decorativo exquisito.

—Usaron banderas de grandes dimensiones y vistosos colores, ostentando en el centro las figuras de animales diversos, según la legión a que correspondían. Principalmente usaban la figura del buey. De los egipcios pasó el uso de la bandera a los hebreos, que utilizaron un símbolo distinto para cada tribu o familia.

—Haría falta un diccionario de banderas para conocerlas todas, ¿no te parece?

—Claro que sí; en el sitio de Troya usaron banderas los griegos, y en todos los episodios guerreros que registró la historia aparecen los ejércitos con su pabellón o emblema.

—No quiero pensar el sinnúmero de insignias que habrán salido a relucir por esos campos donde tantas batallas se han librado.

—Pues hay casi tantas banderas y tantos emblemas como pueblos hay en la Tierra. Es muy frecuente encontrarse con villorrios que nos parecen insignificantes y, sin embargo, ostentan en su bandera un escudo, que es el recuerdo histórico de hechos guerreros o nobles que honran su historia. Y esta costumbre del símbolo expresado por una figura, un animal o un objeto es también tan antigua como la bandera. Los asirios usaron la figura de la ballena; los babilonios, la paloma; los egipcios, el buey Apis; los hebreos, la ins-

cripción «TAU»; los medos, las tres coronas; los cartagineses, la cabeza de caballo; los galos, el gallo; los romanos el águila.

—Pero no siempre el águila, porque yo he visto estampas en que aparecen los romanos llevando un estandarte en que se ve la cruz cristiana.

—Efectivamente; es cierto. En el estandarte romano apareció la cruz en tiempos del emperador Constantino. Veo que tienes buena memoria y que te fijas en todo, querido Chononcito.

—Sigo al pie de la letra tus consejos y estoy cada día más contento de hacerlo, porque cada día aprendo cosas nuevas. Y dime, amigo buho, en España se habrán usado también muchos símbolos, ¿verdad?

—Infinidad de ellos. Para darte una idea sólo te basta con hojear un poco la historia de nuestra patria y repasar las razas que han poblado nuestro suelo. Por nuestros campos han flameado banderas y estandartes con pegasos, caballos, esfinges, águilas, castillos, leones, barras, cadenas, etc., etc. Cuando España fué sometida al imperio romano se la otorgó, como símbolo de su estandarte, la figura de una majestuosa matrona, que era Hispania, sentada a la orilla del mar y teniendo en su mano una rama de olivo. Durante la dominación visigoda el emblema se convirtió en el krismón griego y la cruz de brazos iguales.

—¿Y por qué nuestra bandera tiene los colores rojo y amarillo, tan vivos y tan bonitos?

—El rojo es color de sangre y simboliza el valor guerrero de la raza española. El amarillo es color de oro, y es símbolo de la riqueza de nuestro suelo. En la franja central, que es la amarilla, lleva la bandera española el escudo, rematado por la parte superior con la corona real.

—Y en el escudo hay unos leones y unos castillos.

—Y otros símbolos, que seguramente recordarás. El castillo representa el reino castellano; el león, el de su nombre; las barras rojas simbolizan a Cataluña, Valencia y Baleares; las cadenas, Aragón y Navarra; la granada, el reino de igual nombre, y las flores de lis, la dinastía borbónica, a que pertenece la familia reinante.

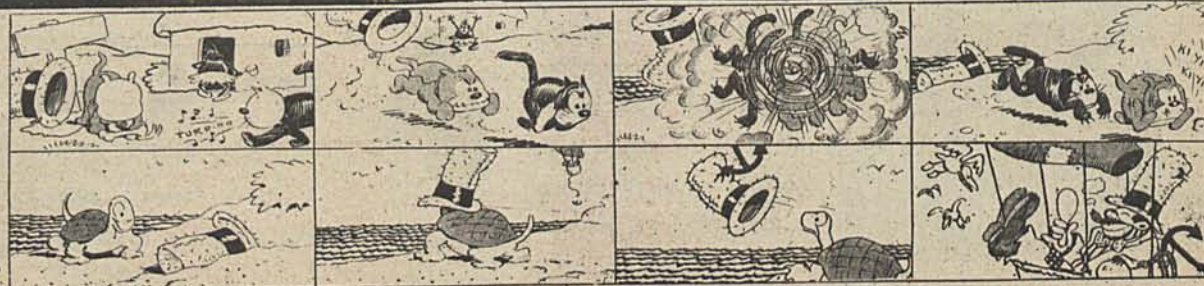
—Vas trayendo a mi memoria el recuerdo de infinidad de banderas y escudos que he visto en muchos sitios.

—Pero que ya no podemos ocuparnos de ellos porque es hora de terminar por hoy nuestra charla.

—Pues otro día me hablarás de ellos.

—De todos será imposible, porque necesitaríamos muchísimo tiempo.

—Bueno, pues me conformaré con que me hables de unos pocos que yo te diga.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Dibujo: P. R. L.



Un enanillo. MARÍA LINA LÓPEZ.



Historieta.

JUAN DE CUSA.



Pinochistas. CARLOS ZAPATERO.



La princesa Pirula espera al príncipe Pinocho. MERCEDITAS REY.



Un bonito ejemplar. LUIS AYORA.



Barco pirata. ANTONIO PRIETO.



El hotel de mi abuelita Pepita. S. PALOMEQUE.

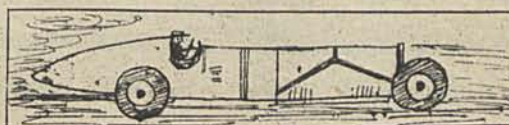


Los cochinitos bailan.

N. N.



¡Viva Pinocho! ROMÁN JUGO.



El Bugatti de mi prima. LUIS VIDAL RIBAS.



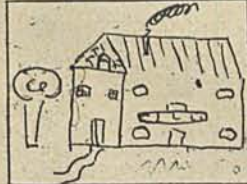
Mi bicicleta. JOSÉ M. DE OLAZÁBAL.



Un dirigible. C. MACHIMBARRENA.



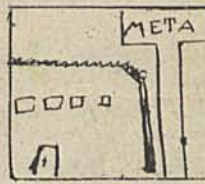
Retrato. J. A.



Mi casa de campo. LUIS AYORA.



Mi amigo Pinocho. MANUEL OLIVERA.



Un Bugatti de carreras. JAIME DE PINIÉS.



Chapete. J. ALEMANY.



Don Turulato. ANTONIO FERNÁNDEZ.



Chonón. JESÚS GARCÍA.



Un «auto» de carreras.

FEDERICO G. L.



Chonón. LUIS AYORA.



Polito. E. ORA.



Un madroño. EUSTAQUIO URETA.



Totó. MERCEDITAS REY.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

LA ALQUERÍA



La alquería está abandonada. Algo grave ha debido de ocurrir, pues las puertas están abiertas y no se oye nada. Hemos preguntado a un pordiosero que pasaba por la carretera y nos ha dicho que unos ladrones la han robado. Nos hemos acercado, y al poco rato hemos visto al dueño que salía de su escondite y a una gallina y a un caballo. El pobre hombre lloraba, pues le han dejado sin sus ahorros. ¿Sabréis vosotros encontrar al hombre, al caballo y a la gallina en los escondites en donde estaban?

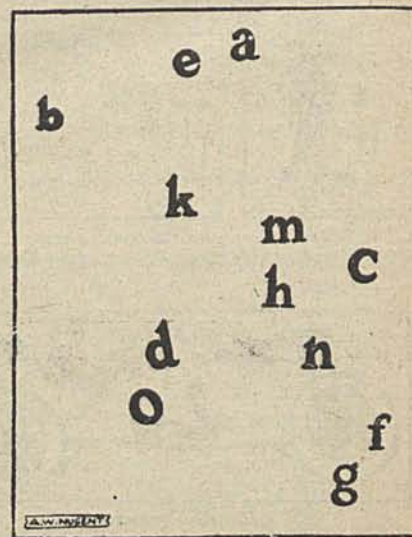


DIBUJO CON ERRORES

Siete son los errores de este dibujo. Uno de ellos, por ejemplo, consiste en que el hombre tiene dedos en un guante y en el otro no.

ROMPECABEZAS

Tenemos doce letras y hay que trazar cuatro líneas rectas, de modo que cada línea una tres letras.



VIDA PINOCHISTA



Los entusiastas pinochistas que componen el formidable equipo bonaerense «Pincho», cuyos triunfos son objeto de los más calurosos elogios de la prensa de Buenos Aires.

El Club social y deportivo «Pincho», de Buenos Aires, integrado por entusiastas pinochistas amantes del deporte, sigue obteniendo resonantes triunfos sobre los demás equipos balompédicos que miden con él sus facultades. Ultimamente, y después de reñidísima lucha, logró ganar la prueba final del campeonato de Urquiza, siéndole adjudicada, como honroso trofeo, la magnífica copa cuya fotografía nos satisface mucho publicar. Nuestra más entusiasta felicitación a esa piña de grandes amigos, que, agrupados bajo el nombre del inmortal muñeco de madera, ha sabido honrar con su abundante cosecha de éxitos y sonadas victorias el simbólico nombre de la agrupación.



Luis Guerrero.



Manolita García Antón.



Rita Pech.



María Teresa Urrutia.
Valladolid.



Miguel Armisana.
Madrid.

La gran pinochista Merceditas Rey desea conocer la dirección del niño Alfonsito Gómez Suárez, antiguo y buen amiguito suyo y de Pinocho. Merceditas ruega a Alfonsito que si lee estas líneas le mande las señas de su domicilio para contestarle a su amable carta.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Ximpa V.—Ha entrado en turno tu maravilloso dibujo. Manejas el lápiz y la pluma con admirable maestría. No debes interrumpir el envío de trabajos para no interrumpir la admiración de los pinochistas. El chiste de tu último dibujo tiene además muchísimas arabras de gracia. Ahí van muchos abrazos de tu incondicional.

José M. Rodríguez.—Muy bien, muy bien, queridísimo Pepito. Supongo comprenderás que me refiero a tu precioso cuento «Heroísmo sublime», que hemos leído todos con verdadera fruición. En cuanto le llegue su turno, lo verás publicado en mi revista. Apretadísimos abrazos.

Margarita Pueyo.—Las labores de que me hablas no las he visto por ninguna parte. De haberlas recibido las tendría Pirula en su archivo para estudiarlas y sacar de ellas el partido posible. Repasa en tu carpeta a ver si no las has enviado. Tuyo.

José García.—Tu feliz inspiración merece el más caluroso elogio. «Poder

de la abnegación» es un cuento que te revela como formidable escritor. No dejes de trabajar, porque llegarás a ser un artista de la pluma. Recibe la felicitación de Morronguis, Don Turulato, Currinche y de tu amigo, que te abraza.

Ramiro del Busto.—A lápiz no puede ser, querido Ramiro. Hay que hacer los dibujos con tinta y en papel algo mejor que el de estraza. Tus trabajos son los primeros que lo merecen. Tuyo incondicional.

Pinocho

Ayuntamiento de Madrid

Sección Pirula

Cuentos de Pirula



gas, sobre la que lucía una corona de perlas. Este personaje singular dijo a Sinsosita:

—Soy el rey del lago; te has quedado sin pan para dar de comer a mis súbditos y quiero recompensarte. Toma este frasco: el agua que contiene es mágica; una sola gota basta para quitar el hambre y saciar la sed.

Tan pronto como Sinsosita tuvo el frasquito maravilloso entre las manos, acudieron cientos de miles de pececillos colorados; la rodearon, la alzaron entre todos y la llevaron rápidamente a la superficie del lago; después de depositarla en la orilla opuesta a la que estaba, se retiraron.

Sinsosita no pensó siquiera en maravillarse de tantos prodigios. Echó a correr brincando y cantando, como antes, alegre siempre, ¡como no pensaba en nada!

Por lo mismo también que no pensaba en nada, ni volvió a acordarse del hambre; de pronto vio a un pajarito que intentaba atrapar unas gotas de agua depositadas por la lluvia en un hoyito del camino; las gotas desaparecieron absorbidas por la tierra, y Sinsosita pensó, conmovida: «Pobre pajarillo, tiene sed y el lago está lejos». Cogió el pajarito y le vació el frasco que llevaba en el pico; el pajarito bebió y voló encantado; pero entonces Sinsosita notó de pronto que el estómago le hacía un daño horrible, y es que estaba vacío: llevaba un día entero sin comer. Se acordó de las palabras del rey pez; pero el frasco estaba vacío.

Por primera vez en su vida, Sinsosita se disponía a preocuparse, cuando vio llegar cientos de miles de pajaritos; cada uno llevaba en el pico una miga, quien de pan, quien de bollo o de pastel. Y Sinsosita tuvo ante ella un montón enorme de migas, y los pajaritos volaron pidiendo, mientras que Sinsosita se daba un festín de migas y saciaba su apetito.

Pensó entonces —todo lo que ella podía pensar— que el frasco, vacío ya, no le servía para nada, y lo tiró al suelo. Y he aquí que el frasco se rompió y de sus pedazos surgió un ser monstruoso: era un

dragón que tenía cabeza de toro, cuerpo de león, garras de tigre y cola de serpiente. El dragón se arrastraba por el suelo gimiendo y Sinsosita vio que tenía un trozo de cristal —del frasco roto, sin duda— clavado en una pata.

Si nuestra heroína hubiera tenido sentido común, habría pensado que un dragoncito como aquél es peligroso aun herido; pero ella sólo tenía corazón y su corazón le ordenaba aliviar cualquier sufrimiento, aunque fuese de un dragón.

Se acercó sin miedo, le cogió la pata y, de entre las garras, retiró el cristal; y apenas hubo hecho esto, cuando el dragón se transformó en un príncipe tan hermoso, que solamente podía parecerse al dragón en que tenía la fuerza del toro, la nobleza del león, la belleza del tigre y la listeza de la serpiente.

—Sinsosita —dijo el príncipe ex dragón—, sé que vas en busca del sentido común, que te

falta, y precisamente el sentido común está en aquella gruta que ves allí y yo soy su guardián; hace más de mil años, una bruja a quien yo ofendí me transformó en dragón y me condenó a guardar la gruta hasta que alguien viniese en busca de un poco de sentido común. En mil años, aún no había venido nadie.

—Entonces —murmuró Sinsosita—, ¿es que todo el mundo tiene ya bastante sentido común?

—No; pero todo el mundo cree tenerlo y nadie lo busca —contestó el príncipe—. El resultado es el mismo.

—¿Me darás a mí un poquito? —preguntó Sinsosita.

—Mira —dijo el príncipe—, ahí lo tienes en la gruta a tu disposición; pero, la verdad, aunque abulta poco, pesa un horror; ¿para qué quieres cargarte con tanto peso? ¿Para qué hace falta el sentido común cuando se tiene un corazón como el tuyo? Cástate conmigo, y ya verás cómo somos felices.

Sinsosita se echó a reír sin pararse a reflexionar, naturalmente, y aceptó la proposición. Se casaron y, efectivamente, fueron muy dichosos. Guiada por su marido, la princesa Sinsosita hizo ya menos disparates, y, guiada por su corazón, siguió siendo buena y haciendo el bien.

El sentido común debe de seguir en la gruta; aunque ya no le guarda ningún dragón, no tengo oído que nadie haya ido a buscarle.

PIRULA, MODISTA... ECONÓMICA

Para alargar un vestido.— Sinsosita, la heroína de mi cuento, pensaba poco, pero crecía mucho. De un año para otro, los trajes se le quedaban cortos y estrechos. Afortunadamente, la mamá tenía más reflexión que su hija. No se le ocurría deshacer el dobladillo y sacar de las costuras, con lo cual salen a relucir partes de la tela, deslucidas, y además se remedia poco el mal. Lo que solía hacer la mamá de Sinsosita en estos casos es lo que veís en esta misma página. Os lo enseño para que hagáis otro tanto, pues es el mejor sistema para alargar y ensanchar los vestidos de las niñas que crecen mucho, cual Sinsosita y todas mis pirulindas.

Se compra —a no ser que se tenga ya en casa algo aprovechable— un poco de tela que haga juego con la del vestido; por ejemplo, si éste es de dibujos, la tela de adorno será lisa, del color del fondo; si el vestido es liso, la tela de adorno será de dibujos, dominando el color del traje, etc. También, si el traje es liso, de lana, puede ser el adorno del mismo color, pero en seda. O en seda lisa, en tono opuesto. Un adorno de crespón o de lanilla blanca pega casi con todos los trajes y, sobre todo, con los de lana azul marino.

La tira que sirve para ensanchar el delantero, y también, a veces, la espalda, será recta o en disminución y puede adornarse con botoncitos forrados con tela igual a la del vestido.

La nueva faldita será plisada. Se quitan las mangas, se agranda la sisa, si es preciso, y se vuelven a colocar las mangas, cortas esta vez, cortadas en el trozo más aprovechable de las mangas antiguas; se les añade, si es preciso, o simplemente como adorno, una vuelta de la tela nueva, con la cual también puede hacerse un cuellecito.

